

Género, interseccionalidad e hibridación. Tres desafíos ante las familias rurales colombianas¹¹

Ambar Oriana Serna Lombo¹²

Resumen

El artículo reflexiona respecto a algunos desafíos en los procesos de atención y/o investigación con familias rurales colombianas, se invita a reconocer las complejidades y transformaciones recientes que ha vivido la ruralidad y las familias que la habitan. Estos desafíos se proponen a partir de tres categorías analíticas, que pueden considerarse cardinales para el abordaje: el género visto, tanto desde la perspectiva de la justicia, como desde la socialización de género; la interseccionalidad como una categoría clave para comprender los entramados culturales y de discriminación presentes en las familias rurales y finalmente la hibridación, como una oportunidad para complejizar el análisis sobre las fronteras de lo urbano-rural en las actuales condiciones de globalización. Para este propósito se retoman algunos resultados de investigación propios y de otros autores, así como algunas experiencias derivadas de un proceso de trabajo con familias rurales indígenas y campesinas en el departamento de Nariño.

Palabras clave: Familias rurales, género, interseccionalidad, hibridación cultural.

¹¹ Este artículo presenta la segunda parte de una ponencia homónima expuesta en el X Encuentro de proyectos de Educación y Orientación Familiar, realizado en la Fundación Universitaria Monserrate, el 29 de septiembre de 2018. Este artículo de reflexión, presenta algunas de las reflexiones producto la tesis de maestría en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia, titulada “Certidumbres en lo desconocido. Socialización en familias en situación de desplazamiento forzado”; así como las rutas co-construidas en el trabajo de la Estrategia de Género y Familias del proyecto “Papas Más Nutritivas” con miembros de la comunidad indígena de los Pastos, campesinos y campesinas del sur de Nariño, Colombia. Este proyecto fue desarrollado por la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de McGill-Canadá y financiado por el Canadian International Food Security Research Fund (CIFSRF). El componente de género y familia fue liderado por Eucaris Olaya Profesora asociada del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia.

¹² Trabajadora social y Magíster en Trabajo Social con énfasis en familia y redes sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: aosernal@unal.edu.co

Abstract

The article reflects on some challenges in research and/or professional work with Colombian rural families, inviting to recognize the complexities and recent transformations that rurality and the families that inhabit it have experienced. These challenges are proposed on the basis of three analytical categories, which can be considered cardinal for the approach: gender seen from the perspective of justice and from the socialization of gender; intersectionality as a key category for understanding the cultural and discriminatory frameworks present in rural families; and finally, hybridization, as an opportunity to make the analysis of urban-rural boundaries more complex in the current conditions of globalization. For this purpose, examples of some research results of my authorship and other authors will be presented, as well as some experiences derived from a process of working with rural indigenous and peasant families in the department of Nariño.

Keywords: Rural families, gender, intersectionality, cultural hybridization.

Introducción

En años recientes la cuestión “agraria”, la mirada a la ruralidad ha cobrado nueva vigencia en la academia y en la agenda de política pública del país. En las Universidades asignaturas como “economía rural” o “sociología rural” han regresado a la oferta académica. Por su parte, a nivel estatal se habla de una nueva institucionalidad para el agro colombiano, así tras la liquidación del Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder) se crearon tres nuevas agencias para el sector: Agencia de Desarrollo Rural, Agencia Nacional de Tierras y Agencia para la Renovación del Territorio; y se ha reorganizado el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural.

La pregunta entonces es: ¿Qué circunstancias vienen apalancando esta transformación en la mirada hacia la ruralidad colombiana? La respuesta es compleja pues múltiples circunstancias se han aunado en los últimos años, entre ellas encontramos: las movilizaciones y paros que ha protagonizado el movimiento campesino, como el realizado en 2016 posicionando por las vías de hecho, las problemáticas que por años viene viviendo el campesinado colombiano. En segundo lugar, el agudo panorama que presentó el tercer Censo Nacional Agropecuario adelantado en 2014, sobre las condiciones de vida de los hogares rurales, pues desde 1970 no se realizaba este censo para el campo colombiano, y sus resultados son una muestra clara del abandono y los desafíos que le representará en los próximos años al país. Finalmente, las negociaciones con las guerrillas de las FARC y el ELN han puesto sobre la mesa la necesidad de políticas públicas, inversión y presencia del Estado en estos territorios. Así, el “Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” firmado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC, señala como primer punto la reforma rural integral.

En medio de este panorama que pone de presente la relevancia de la ruralidad para todos los campos de saber en nuestro país, resulta relevante interrogarse desde las ciencias sociales y humanas por la situación de las familias rurales colombianas; este artículo propone presentar una mirada sobre solo tres de los diversos desafíos que significa el trabajo profesional y la investigación con las familias rurales en un contexto como el colombiano. Con este propósito se presentan tres categorías de análisis: género, interseccionalidad e hibridación, categorías que se proponen como rutas de trabajo a nivel profesional y disciplinar en el campo de los estudios de familia.

De la ruralidad a las ruralidades

Aproximarse al estudio o la atención de las familias rurales colombianas, propone a los profesionales de esta área un interrogante inicial ¿De qué ruralidad estamos hablando? Las ideas que tenemos sobre las actividades, relaciones y el territorio rural pueden señalar escenarios de análisis o puntos ciegos, en la comprensión de las complejidades de las familias rurales.

Dentro de las ciencias sociales y humanas, la sociología es quizás una de las que más ha debatido en las últimas décadas, sobre la emergencia o no de una nueva ruralidad. En sus análisis es evidente la permanencia en algunos estudios de una mirada clásica y dicotómica, sobre lo que se ha denominado la ruralidad tradicional, que pareciera diametralmente opuesta a lo urbano-desarrollado-industrial. Así Sergio Gómez (2003) señala como algunas de las características que se atribuyen a la ruralidad tradicional, las siguientes: La población rural se dedica casi exclusivamente a actividades agropecuarias, y se encuentra dispersa en territorios de baja densidad, así se ignora el entorno “urbano” de las comunidades rurales. Estas condiciones de relativo aislamiento suponen que las poblaciones tengan obstáculos para acceder a servicios e infraestructura básicos y a los avances de la cultura, por tanto, cuentan con un alto grado de analfabetismo y malas condiciones de educación. Respecto a sus relaciones, se señala que existen intensas relaciones de parentesco entre una parte significativa de los habitantes y, por tanto, persisten relaciones vecinales prolongadas. Estos rasgos de lo que tradicionalmente ha sido caracterizado desde las ciencias sociales como “Lo rural”, en sentido estricto corresponderían en específico a sociedades agrarias tradicionales, que, si bien persisten en algunas regiones del país, no pueden considerarse el común denominador de lo que ahora encontramos en la ruralidad en Colombia.

Esta caracterización de la ruralidad tradicional vista como diametralmente opuesta a lo urbano, plantea serios sesgos a las complejidades que observamos en la ruralidad actual, así autores como Gómez llaman la atención sobre la importancia de “considerar toda una gama de situaciones intermedias entre un predominio de lo rural y la ausencia de ello” (2003, p.18). En este contexto se reconoce la necesidad de ofrecer una nueva mirada de la ruralidad que supere estas lecturas dicotómicas y ponga de presente algunas de las complejida-

des presentes en estos territorios y en las familias residentes en ellos. Dentro de estas complejidades y situaciones intermedias Cristobal Kay (2009), investigador de la cuestión agraria y campesina en Latinoamérica, caracteriza al menos cuatro transformaciones propias de la “nueva ruralidad”, fundamentalmente asociadas a cambios en las actividades y las relaciones en el territorio. Una primera se refiere al desarrollo de actividades fuera de la granja o “la finca” como denominamos coloquialmente a los terrenos cultivados y trabajados por familias campesinas; así se identifica la existencia de otro tipo de actividades productivas como el comercio, turismo, el sector de servicios, la presencia de instituciones del gobierno local, etc., que señalan un proceso de desagrarización de la ruralidad. A este respecto, la Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia señala el crecimiento de territorios que pierden la vocación agropecuaria, y progresivamente se han destinado como fincas de recreo, para minería, el turismo y la urbanización, siendo esto un determinante estructural del cambio alimentario en el país (ENSIN, 2015).

Una segunda transformación se refiere a las interacciones entre lo rural y lo urbano, en la que se diluyen los límites entre uno y otro territorio. Desde el campo a la ciudad, por ejemplo, Kay (2009) destaca la creciente proporción de pobladores rurales que trabajan en la zona urbana, por ejemplo, en los sectores de servicio (mujeres) y construcción (hombres). Encontramos zonas urbanizadas en los espacios rurales como las “cabeceras municipales”, el crecimiento de zonas industriales en la ruralidad, especialmente en las áreas metropolitanas y los municipios alrededor de las ciudades capitales de los departamentos en Colombia, que dan cuenta de zonas de transición e intercambios más permanentes entre las ciudades y municipios rurales, que hacen más complejo establecer estos límites urbano-rurales.

A nivel Latinoamericano, Kay (2009) señala la migración internacional y las remesas, como tercer elemento que ha transformado la ruralidad, que supone una estrategia de subsistencia de algunos grupos familiares, pues las remesas se han constituido en un ingreso relevante dentro de la economía de las familias rurales. En el caso colombiano, si bien la migración internacional ha sido de población tanto de las ciudades como el campo, no se ubica como una fuente tan central de ingresos para las familias rurales empobrecidas¹³. Sin embargo, sí puede señalarse una transformación de las relaciones en ruralidad a partir de la migración nacional: una migración voluntaria (rural-urbana o rural-rural) y la migración forzada, o desplazamiento forzado a causa del conflicto armado. Cuando nos aproximamos a las relaciones en “lo rural” si bien pueden considerarse que algunas zonas del país, permanecen estrechas relaciones de parentesco entre los habitantes de veredas y municipios, y existen relaciones de vecindad y comunitarias estables; también la presencia de grandes complejos agro-industriales o de explotación minero-energética han promovido una más activa migración campo-ciudad o entre las regiones de un mismo territorio (campo-campo), dando lugar a relaciones progresivamente más anónimas y a una mayor movilidad humana.

¹³ Un estudio de Fedesarrollo señala que las remesas en Colombia se distribuyen de la siguiente manera: “El 20% de los hogares altos reciben remesas, para los hogares de estrato medio esa cifra es igual a 12.5% y para los de estrato bajo, 6%” (Cárdenas y Mejía, 2006, p. 25)

El desplazamiento forzado, supone por supuesto una situación característica de la nueva ruralidad en Colombia, como veremos más adelante. Como cuarta transformación, Cristóbal Kay, señala la flexibilización y feminización del trabajo rural, este aspecto se desarrollará de forma más amplia en el apartado sobre la categoría género.

De otra parte, puede considerarse como un asunto aún por investigar con mayor profundidad, las implicaciones que en las relaciones comunitarias y vecinales han introducido algunas de las políticas de retorno que ha desarrollado el Estado colombiano en los últimos años, apoyando el regreso a sus territorios de origen a familias que se han desplazado forzosamente y en muchas ocasiones, han residido en centros urbanos por varios años, pero retornan a la ruralidad.

Por último, es importante señalar que esta categoría de “nueva ruralidad” está rodeada de grandes polémicas alrededor de la existencia o no, de nuevas condiciones en la ruralidad, pues se cuestiona si ahora las ciencias han logrado observar fenómenos de vieja data que se venían presentando en estos territorios y hasta ahora son reconocidos. Más allá de esta polémica, estas transformaciones en Latinoamérica y en Colombia previamente enunciadas, invitan cuestionar las miradas unilineales y anacrónicas de la ruralidad y reconocer estas complejas formas de relacionarse y distribuir el territorio en lo que ahora denominamos ruralidad o mejor, ruralidades.

Las familias rurales colombianas hoy. Algunas generalidades

Desde esta mirada compleja de la ruralidad es posible avizorar el desafío de caracterizar la situación actual de las familias rurales en Colombia, sin embargo, a partir de la información disponible es posible proponer algunos rasgos y tendencias para el país, que se presentan a continuación a modo meramente introductorio, pues no es el propósito central de este artículo, pero ofrecen pistas sobre la necesidad y relevancia de las categorías analíticas que se proponen más adelante. En primer lugar, es necesario destacar la presencia en el país de algunas particularidades propias de la historia y el contexto colombiano, que plantean desafíos desde la investigación y atención a las familias: en primer lugar, la presencia de un conflicto armado extensivo y continuo, que ha tenido como principales víctimas a las comunidades rurales. Asociado a lo anterior, la presencia de un conflicto de larga data por la tierra, que ha significado hasta ahora dificultades para la titulación, la restitución, y el uso de diversas modalidades de violencia para promover el despojo. De otra parte, la continua disputa entre procesos de explotación y extracción minero-energética, con procesos de conservación del medio ambiente, en los que se han enfrentado continuamente, multinacionales y comunidades campesinas e indígenas, afrocolombianas, entre otras.

En medio del conflicto armado y las disputas por el territorio, las familias han tenido que desplazarse forzosamente, reorganizarse y dispersarse para sobrevivir (Palacio, 2003), los jóvenes han sido reclu-

tados para la guerra, los hombres adultos han sido la población con mayor cantidad de víctimas mortales, dejando hogares de jefatura femenina como resultado del conflicto, y la cotidianidad familiar ha sido regulada por la presencia de actores armados en el territorio, con las implicaciones que esto ha tenido en la subjetividad de sus integrantes (Estrada, Ibarra, y Sarmiento, 2003). Sin duda, la guerra ha sido un elemento que ha impactado e impacta aún a las familias colombianas rurales, las que permanecen porque continúan en la zozobra, el miedo (CMH, 2013), presenciando el asesinato de sus líderes y lideresas¹⁴. Por su parte, las familias que viven el desplazamiento forzado experimentan abruptas transformaciones en sus relaciones, en las que en muchos casos las mujeres deben asumir la proveeduría del hogar por las posibilidades que ofrece el mercado laboral urbano a las mujeres, los hijos e hijas adolescentes asumen en ocasiones el cuidado de hermanos menores y otras actividades que desarrollaban sus padres y madres, además buscan insertarse en dinámicas de rebusque, las familias deben afrontar la ausencia de sus familiares, el silencio por seguridad y profundos retos para sobrevivir en novedoso entorno urbano (Bello; 2000).

Luego de aproximarnos a algunas implicaciones del conflicto armado, es importante señalar algunas tendencias de transformación en las familias rurales colombianas que la información demográfica empieza a señalar. Uno de los principales datos que destaca el Tercer Censo Nacional Agropecuario es el envejecimiento de la población, el 33% de los productores residentes se encuentra entre los 40 y los 54 años (DANE, 2016). Entonces, quienes viven y trabajan la tierra son cada vez personas más mayores, mientras los y las jóvenes están migrando a las ciudades en busca de nuevas oportunidades educativas y laborales; es no desconoce la importante cantidad de niños, niñas y jóvenes en el campo, si no que señala un envejecimiento de quienes además de nacer y crecer en la ruralidad, permanecen y se dedican a actividades agropecuarias. Así podría señalarse como un rasgo de las familias rurales colombianas en estas primeras décadas del siglo XXI, un progresivo proceso de envejecimiento.

De otra parte, la tradicional familia extensa, conformada hasta por tres o cuatro generaciones que caracterizaba la ruralidad colombiana se ha ido reduciendo progresivamente el Tercer Censo Nacional Agropecuario señala un promedio de 3.32 personas promedio por hogar en el área rural dispersa (DANE, 2016), mientras los resultados preliminares del censo 2018, señalan un promedio de 3.1 personas por hogar, aproximándose cada vez más los hogares rurales al tamaño de los hogares en la ciudad y a tipologías familiares nucleares. Las excepciones a estas tendencias usualmente se refieren a departamentos con presencia de comunidades étnicas, como Guainía o Vaupés, en los que se encuentra un alto porcentaje de hogares con menores de 15 años, adultos mayores y un promedio cercano a 5 personas por hogar.

Finalmente otro aspecto a destacar en lo que se refiere a los rasgos demográficos de los hogares en las zonas rurales, se refiere a la mayor

¹⁴ Un informe sobre asesinato de líderes sociales en el post-acuerdo señala que el principal liderazgo afectado en el periodo 2016-2018 corresponde a dignatarios las Juntas de Acción Comunal. A este respecto el informe destaca que "Las JAC y sus dignatarios cumplen, especialmente en áreas rurales, un papel fundamental en la organización comunitaria; ejercen diversas funciones, incluyendo la mediación entre el Estado y la comunidad. Es una de las formas más locales de organización social del entorno físico inmediato con participación de quienes viven en él." (Comisión Colombiana de Juristas et al., 2018 .p. 21)

participación de las mujeres en la educación escolar y en el mercado laboral, así como el crecimiento de los hogares de jefatura femenina, pues un 23,4% de los hogares con productores residentes en el área rural son de mujeres jefas de hogar (DANE, 2016, p.554); estos datos dan cuenta de la transformación de las relaciones de género en lo íntimo de las familias rurales que se han gestado en las últimas décadas, que invitan a un análisis riguroso desde las ciencias sociales y señalan la pertinencia de recurrir a categorías analíticas como género, interseccionalidad e hibridación.

Género como categoría emergente en la política pública y en la cotidianidad de las familias rurales colombianas

Si bien se han planteado algunos indicios sobre la importancia de considerar el género como una categoría relevante para aproximarse a las familias rurales colombianas, vale la pena destacar algunos argumentos desde la política pública y desde la cotidianidad de las familias, que ponen de manifiesto la necesidad de posicionar el género como categoría analítica y metodológica en el abordaje de las familias rurales.

Género desde la política pública

A nivel de política pública dos motivos fundamentales sustentan la inclusión de un enfoque de género en el trabajo con las mujeres rurales. De una parte, la situación actual de las mujeres rurales en Colombia y de otro lado, los balances poco favorables que se realizan de algunos programas y proyectos de desarrollo rural en la inclusión y participación de las mujeres.

Partamos de un panorama general en torno a algunos elementos claves de la situación de las mujeres rurales: en ruralidad colombiana viven alrededor de 5.3 millones de mujeres, buena parte de ellas han sido receptoras de los impactos del conflicto armado sea como víctimas directas o experimentando afectos indirectos como por ejemplo dificultades en el acceso a salud; el auto 092 de 2008 de la Corte Constitucional por ejemplo, reconoce el impacto desproporcionado que ha tenido el desplazamiento sobre las mujeres, en su mayoría rurales. En muchos casos son las mujeres las que sobreviven a diversas modalidades de violencia en los territorios rurales: secuestros, masacres, asesinatos selectivos, etc. Por tanto, la importancia de reconocer este como un elemento diferencial al aproximarse al trabajo con familias rurales, reconociendo, por ejemplo, lo que ha significado para ellas maternar en medio y sobreviviendo a la guerra.

De otra parte, otro aspecto clave de la ruralidad no sólo colombiana, si no, latinoamericana se refiere a la feminización de la pobreza, según el DANE (2016) el 41,9% de las mujeres rurales en Colombia son pobres, esto entre otras cosas se debe a dificultades en el acceso a la propiedad de la tierra, sus niveles educativos y las posibilidades de

vincularse a trabajos remunerados. Este empobrecimiento se expresa también en las barreras a nivel educativo y productivo que enfrentan. El tercer censo nacional agropecuario señala que más de la mitad (54,9%) de las mujeres productoras residentes cuenta con un nivel educativo de básica primaria. En lo que se refiere al acceso a recursos para desarrollar sus actividades productivas es mismo censo encontró que un 13% de ellas recibieron asistencia técnica, y sólo 8,4% accedió a un crédito (DANE, 2016). En lo que se refiere al acceso a la tierra se encuentra que la mayoría de las mujeres rurales son propietarias, cuentan con pequeños predios para su producción, por lo general menores a 5 hectáreas (DANE, 2016). Esto sin considerar algunos de los obstáculos que encuentran las mujeres para la titulación de sus tierras, pues en muchos casos las tierras se encuentran tituladas al jefe de hogar, que suele ser un hombre, o en casos de separaciones o viudez las mujeres deben probar las uniones conyugales previas que se tenían con los hombres propietarios para demostrar la propiedad o posesión de la tierra, esto supone procesos complejos, pues son usuales las relaciones de hecho e incluso las relaciones simultáneas de un hombre con varias mujeres.

La situación de las mujeres rurales es desalentadora, así también el balance de género que realizan organismos internacionales como FAO, sobre algunos programas y proyectos de desarrollo rural. Señalan la importancia transversalizar en los proyectos el enfoque de género con el objetivo de ofrecer a mujeres y hombres igual acceso a la tecnología, tierras y educación; así como promover la redistribución de ingresos y tareas domésticas, de tal forma que la participación de las mujeres no se transforme en una carga adicional a la triple jornada (trabajo productivo, reproductivo y socio-comunitario) que caracteriza la cotidianidad de millones de mujeres rurales en el mundo. (FIDA y FAO, 2012)

A nivel nacional, se avanza en este sentido aún con grandes dificultades. Si bien desde 2015 se creó una Dirección de Mujer Rural en el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, su accionar y propuestas aún no se reflejan en el territorio, por su parte el Programa de Mujer Rural que ha implementado este ministerio desde 2011, presenta un balance final desalentador en términos de cobertura, participación, enfoque territorial, entre otras falencias. (Vargas y Villareal, 2013).

Es clara entonces la relevancia de posicionar el género desde la política pública con familias rurales, pues reconocemos las inequidades que viven las mujeres, sean jefas de hogar o no, pero también la importancia de promover condiciones justas tanto para hombres como mujeres en la distribución y acceso a recursos, entre otros. Por esto, desde la experiencia del proyecto Papas Más Nutritivas de la Universidad Nacional de Colombia, se desarrolló una propuesta de trabajo, que retoma la mirada multidimensional de género propuesta por Nancy Fraser, quien plantea que:

El género es una diferenciación social bidimensional, no es una simple clase ni un mero grupo de estatus, sino una categoría híbrida enraizada al mismo tiempo, en la estructura económica y en el orden de estatus de la sociedad. Por tanto, comprender y reparar la injusticia

de género, requiere atender tanto la distribución como al reconocimiento (Fraser y Honneth, 2006, p. 28).

Más tarde al ampliar el análisis sobre la justicia de representación, Fraser reconocería el género como una categoría tridimensional, y, por ende, avanzar en la justicia de género implica acciones a nivel social, económico y político.

A nivel social, que promueva un reconocimiento, es decir un estatus equitativo para mujeres y hombres. Esto supone entre otras cosas, valorar desde las políticas y en la cotidianidad familiar el trabajo de cuidado, de liderazgo y productivo, usualmente no remunerado que desarrollan las mujeres rurales, reconocer la relevancia de promover el acceso a la educación de mujeres y niñas en la ruralidad, entre otras. A nivel económico, promover una redistribución del acceso a los recursos, que permita, por ejemplo, a mujeres participar de las ganancias económicas de sus cosechas, pero también promover la participación de los hombres en el escenario doméstico y las actividades de cuidado, redistribuyendo recursos como el tiempo. Finalmente, a nivel político garantizar la representación de las mujeres, adolescentes y niñas en espacios de toma de decisiones, posicionando sus necesidades e intereses (Olaya y Serna, 2018).

Por tanto, incluir la categoría de género en la política pública para familias rurales, implica no sólo ver a la familia en su conjunto como sujeto social, sino apreciar las inequidades históricas presentes entre sus integrantes y reconocer que las acciones que garanticen equidad para todos sus integrantes redundan en el bienestar de las familias en su conjunto.

Género desde la cotidianidad de las familias

Tal como observamos la relevancia de la categoría género en materia de política pública, es posible reconocer su relevancia desde la atención e investigación con las familias rurales.

Virginia Gutiérrez de Pineda puede considerarse sin lugar a duda una de las pioneras de los estudios de familia en Colombia, en su obra *Familia y cultura en Colombia* (1975) caracteriza complejos culturales presentes en las regiones del país, en los que encuentra rasgos identitarios, vinculados a las particularidades étnicas, de mestizaje, formas de tenencia de la tierra, actividades productivas, relaciones de parentesco, género y alianza. Desde esta investigación vanguardista para la época, es posible reconocer los roles diversos que padres y madres asumen en las familias de los complejos culturales, a partir de las relaciones de género presentes en cada región. Por ejemplo, Gutiérrez de Pineda (1975), presenta desde los setentas la importancia que tienen las madres y abuelas en la familia del complejo que denomina “negroide o litoral fluvio-minero” presente en las regiones caribe y pacífica. Señala la centralidad en la estructura familiar y en la proveeduría del hogar de la figura femenina y la presencia esporádica del padre.

Así en el análisis y la atención de las familias rurales es necesario vislumbrar que asociado a las categorías de: maternidad, paternidad e infancia, se encuentran articuladas representaciones sociales atravesadas por discursos de género, que están ubicadas geográfica e históricamente. Entonces, aquello que se considera el “deber ser” de una madre o un padre, es distinto en una cultura indígena o en una familia campesina o una familia afrocolombiana de cierta región del país.

Del mismo modo, es necesario reconocer que transformaciones que se han dado en las últimas décadas en la vida de las mujeres, tanto a nivel rural como urbano como: el progresivo ingreso de las mujeres en el mercado laboral y en la educación básica y superior, la visibilización de la violencia de género y el cuestionamiento a su normalización, han transformado la intimidad de las relaciones familiares también en lo rural. Las familias campesinas, indígenas o afrodescendientes presentes en las zonas rurales no son ajenas a la circulación de discursos que reivindican la autonomía de las mujeres y su representación en el escenario público, y esto debe advertirse tanto en la investigación, como en el acompañamiento a las familias.

Estas transformaciones en las relaciones de género son objeto de tensiones, conflictos e incertidumbres para las familias que deben ser considerados en el acompañamiento familiar. Por ejemplo, uno de los hallazgos de la tesis “Certidumbres en lo desconocido. Socialización en familias en situación de desplazamiento forzado” fue reconocer que una de las principales transformaciones, y paradojas que se observa en la socialización de género ¹⁵ se refiere al cambio entre la generación de las madres y los hijos e hijas, sobre la educación sexual.

La educación sexual, como parte de la socialización de género, señala una definición de lo que significa el cuerpo masculino y femenino y cómo pueden relacionarse en el campo erótico- sexual. Para el caso de las madres en situación de desplazamiento participantes en la tesis sus relatos eran reiterativos en señalar su desconocimiento del desarrollo fisiológico de sus cuerpos, así fueron sorprendidas por sus menarquias e incluso por su primer embarazo, así mismo, el control natal también era considerado un tema tabú. Por su parte en los relatos de los hijos e hijas que han llegado a la ciudad luego del desplazamiento forzado, “se reconoce que el colegio ha tomado cada vez más un lugar relevante en esta tarea, así lo señala Melisa “En quinto ya me lo explicaron, hasta mostraron un video de cómo se acostaban y me pusieron una tarea de eso. En sexto ya no hacen eso.” Mariana también lo recuerda como un tema más de aprendizaje en el colegio. **“Allá ahora en el colegio sí, antes mandan a los chinos a traer condones” (Serna, 2017, p. 147)**

Esto se ha tornado un motivo de tensión, e incluso conflicto para las familias, en las que de una parte las madres desean que sus hijos e hijas tengan noviazgos que no incluyan las relaciones sexuales, pero desean que tengan conocimientos en materia de educación sexual, como ellas no pudieron tenerlo. Entonces, se reconocen contradicciones entre la importancia de una educación sexual y discursos en los que el acceso a esta información pareciera promover el inicio de la vida sexual de sus

¹⁵ *Montserrat Sagot que señala las tres funciones de la socialización de género: “En primer lugar nos impone una definición de nosotros (as) mismos (as) como mujeres y hombres. En segundo lugar, el proceso de socialización de género nos impone una definición del mundo y de nuestra posición en el. En tercer lugar nos da una definición de los (las) otros(as) y del tipo de relaciones que debemos establecer con ellos (ellas)”. (1995, p.20)*

hijos e hijas; que se complejizan sus ideas sobre la maternidad y el deber ser de la misma, que se mueven entre informar, proteger, prohibir y no desear repetir sus propias vivencias.

En suma, el género es una categoría analítica, que ofrece múltiples posibilidades para el trabajo investigativo o de acompañamiento desde múltiples aristas: justicia de género, socialización de género, género en las representaciones sociales, y ofrece la oportunidad de reconocer tensiones, transformaciones y conflictos presentes en las familias rurales que demandan rigurosas reflexiones académicas y procesos de acompañamiento sensibles en la materia.

Interseccionalidad una mirada necesaria ante la diversidad de la ruralidad colombiana

La categoría género, puede considerarse un punto de partida para observar la ruralidad, que está abierto a complejizarse si se considera la necesidad de una lectura desde la interseccionalidad para avizorar la complejidad de las familias colombianas.

La interseccionalidad implica una postura teórica, metodológica y política que procura reconocer la imbricación de relaciones de poder, opresión o discriminación. Según Mara Viveros (2016), además de las cuatro categorías usualmente consideradas (raza, clase, género y sexualidad), es necesario reconocer otras fuentes de desigualdad o discriminación como la nacionalidad, la religión, la edad y la diversidad funcional, además de la pertenencia política.

Quizás en primera instancia esta categoría podría considerarse demasiado academicista para pensar las familias rurales, sin embargo, es necesario atender en este punto la oportunidad que ofrece esta categoría como una oportunidad para hacer una observación de segundo orden (Luhmann, 1998) en procesos investigativos y de atención. Es decir, la oportunidad de observar cómo observo y qué transformaciones introduzco como investigador o en mi ejercicio profesional al observar y relacionarme con las familias rurales.

En este caso la interseccionalidad permitiría aproximarse a las familias rurales inicialmente en dos vías: Al considerar las familias como sujetos colectivos, considerando las relaciones de poder y discriminaciones diversas a las que pueden estar sujeta una u otra familia por su condición étnica, de clase y/o su nacionalidad. En la coyuntura actual podemos considerar lo que implica ser una familia venezolana migrante en Colombia o una familia afrodescendiente campesina. Aunque ambas pueden vivir en la ruralidad e incluso ser discriminadas, las relaciones de poder y discriminación que pueden experimentar en su entorno son diversas.

Así mismo, es posible considerar la interseccionalidad al observar de forma singular a cada una de las personas que integran una familia rural, pues, ser hombre o mujer, niño o niña, no es una experiencia universal, así ser una joven campesina, no es lo mismo que ser una

joven indígena campesina con discapacidad visual. Las experiencias particulares del género, se intersectan con otras relaciones de poder propias de cada contexto, de allí la importancia de que, quien realiza un proceso de acompañamiento, atención o investigación, las reconozca.

Se propone como una posibilidad de observación de segundo orden, pues inicialmente cuando pensamos en un enfoque diferencial, nos referimos a las primeras categorías señaladas por Viveros (2016), pero dejamos de lado otras distinciones, que ponen de presente discriminaciones u opresiones, a las que están sujetas las familias o las personas que las componen. Estas circunstancias que en primera instancia pueden ser poco visibles para los profesionales en esta área o incluso para las propias familias que las experimentan.

A este respecto, es importante destacar que una cuarta de la población rural en Colombia se auto reconoce como perteneciente a algún grupo étnico: indígenas (16.4%), negros, mulatos, afrocolombianos o afrodescendientes (7.7%) y raizales (0.1%) (DANE, 2016) hacen parte de esta pluriétnicidad y multiculturalidad, que si bien supone una riqueza en nuestro país, también supone formas diferenciadas de opresión y discriminación; que se observan en aspectos el escenario público como el asesinato de hombres líderes indígenas en el Cauca por ejemplo, con las dolorosas implicaciones para estas familias, hasta aspectos tan íntimos como la politización de la maternidad para las mujeres Nasa en el Cauca, que como señala Jeanny Paola Posso, considera a las mujeres como responsables de prolongación de la comunidad, en términos biológicos y culturales (2010, p. 67).

El anterior, es un ejemplo muy concreto de esta interseccionalidad en la vivencia de la maternidad, considerando solamente las categorías de género y etnia, sin embargo, el cruce entre las condiciones de opresión y relaciones de poder desigual que propone la profesora Mara Viveros, suponen una amplia posibilidad de interrogarnos al respecto de las familias en la ruralidad. Por ejemplo, cómo enfrentan las familias rurales con jefatura masculina o femenina el cuidado de alguno de sus integrantes con diversidad funcional, y qué sucede por ejemplo cuándo la familia pertenece a alguna comunidad étnica, qué rol juega la comunidad en el cuidado o en la comprensión y atribución de significado de esta diversidad funcional. Es claro entonces, que este es aún un amplio camino por avanzar desde el escenario profesional e investigativo, que invitan a reconocer todas las diversidades presentes bajo el calificativo de “familias rurales”.

Hibridación para comprender las múltiples ruralidades presentes en Colombia

En el primer apartado, retomábamos una invitación de Sergio Gómez (2003) sobre la necesidad de reconocer los puntos intermedios entre lo rural y la total ausencia de esto, a este respecto, considero una categoría útil la hibridación. Desde la perspectiva de Néstor García Canclini la hibridez “abarca diversas mezclas interculturales no sólo

raciales a las que suele limitarse el “mestizaje” y porque permite incluir las formas modernas de hibridación, mejor que “sincretismo”, fórmula referida casi siempre a fusiones o de movimientos simbólicos tradicionales” (1990, p. VII)

Cuando se considera la cotidianidad de la vida en las ciudades, es posible reconocer algunas tradiciones y costumbres atribuibles a la cultura campesina que permanecen en la ciudad: el perifoneo, los mercados barriales, son algunas prácticas “rurales” que perviven en algunos lugares de la ciudad. Así cuando nos remitimos al escenario privado de la vida familiar, encontramos que, pese a vivir en la ciudad muchas de las familias conservan en su gastronomía, en su lenguaje e incluso en su vestuario elementos de la cultura campesina, por ejemplo, la ruana y el “sumercé” aún se hacen presentes en la urbe bogotana.

Del mismo modo que encontramos en las familias urbanas rasgos rurales, podemos observar en las familias rurales la presencia de lenguajes y vestuarios propios de la ciudad. Es innegable el ingreso al escenario doméstico de las familias rurales de discursos “urbano-globales” a través de las pantallas: celulares, tabletas, y la televisión. Entonces, se encuentran en las veredas jóvenes “emos” o madres que siguen a “youtubers” que realizan tutoriales de maquillaje, tal como lo observamos en la ciudad.

A modo de ejemplo quisiera retomar algunos ejemplos de dos investigaciones. En primer lugar, la investigación con familias en situación de desplazamiento que desarrollé en el contexto de mi maestría, permitió observar la situación de una familia proveniente de la costa atlántica, que al llegar a la ciudad desea realizar el bautismo de sus hijos, sin embargo, al no contar con familiares o allegados en Bogotá, miembros de la iglesia católica del barrio son quienes sirven de padrinos, sin embargo, “La ausencia de los vínculos y los significados que le dan sentido a estas prácticas religiosas permite recrearlas ya no con el sentido ritual e incluso comunitario (...)” (Serna, 2017, p.170) que tiene el compadrazgo para las familias en el Caribe, por tanto, esta práctica aunque se mantiene, hibrida en la ciudad. Es decir, se realiza el rito en su forma, pero la familia no logra construir los lazos de cercanía y solidaridad que caracterizan las relaciones de compadrazgo en su territorio de origen. Este es un ejemplo muy concreto de cómo ciertos rituales o prácticas culturales pueden mantenerse, pero dotarse de nuevos significados o formas en la llegada a la ciudad de las familias.

Un segundo ejemplo, me permito tomarlo de la tesis de maestría en trabajo social de Viviana Otálora (2014) titulada “Transformación de las familias campesinas en el proceso de metropolización de la ciudad Bogotá” en esta da cuenta del proceso de transformación que ha experimentado la vereda Siete Trojes en Mosquera, Cundinamarca, y con ella la transformación de las relaciones intrafamiliares, comunitarias y territoriales, que experimentan familias campesinas. De sus resultados que señalan amplios impulsos de transformación, quisie-

ra destacar por ejemplo, como algunas familias resisten a los procesos de urbanización circundantes y se resisten a vender sus predios, pues valoran los espacios que les ofrece su vivienda, como su huerta, la relación con sus vecinos y se resisten a “mirar desde la ventana puro barrio”, sin embargo, las oportunidades laborales obligan a que hombres y mujeres se vinculen cada vez más a trabajos asalariados “urbanos” y distantes de las actividades agropecuarias a las que se dedicaron tradicionalmente las anteriores generaciones de la familia, en sectores como construcción, transporte y comercio. Aquí observamos entonces una resistencia desde el deseo de habitar la vivienda y la vereda como campesinos, pero una vinculación laboral que podría calificarse urbana.

En síntesis, la activa migración urbano-rural que ha tenido Colombia en hace casi medio siglo, vinculada en parte al conflicto armado, asociada a fenómenos contemporáneos como el uso de las pantallas para el acceso a los medios de comunicación y las redes sociales, propias de los procesos de globalización plantea una revaloración de las fronteras urbano-rurales, a nivel territorial y de las fronteras público-privadas de las familias. Entonces reconocemos familias con una hibridez urbano-rural, entre otras formas, aún por caracterizar e investigar de mezclas interculturales que experimenta el país.

Conclusión

Recapitulando, las categorías género, interseccionalidad e hibridación se proponen simplemente como una alternativa u oportunidad para pensar, comprender y acompañar desde el ejercicio profesional a las familias rurales, como se procuró evidenciar a lo largo del texto, estas tres categorías ofrecen interesantes oportunidades para observar las complejidades, transformaciones y permanencias que experimentan las familias rurales colombianas. A modo de conclusión, propongo destacar algunos desafíos a los que nos enfrentamos los y las profesionales en el área de familia, en este tema:

Escasa investigación sobre familias rurales en Colombia: Pese a la relevancia de la obra de Virginia Gutiérrez de Pineda, en su libro *Familia y cultura en Colombia* (1975), la investigadora claramente señala las limitaciones que tuvo para investigar la situación de las familias en algunas regiones del país como Tolima o los Llanos orientales por la situación de conflicto de la época, vacíos investigativos que permanecen hasta la actualidad.

Desde entonces no se ha emprendido un estudio de las familias rurales en Colombia de tal envergadura. Esfuerzos como la investigación de *Padres y Madres en cinco ciudades colombianas*, señalan la permanencia de algunos rasgos de los complejos culturales caracterizados por Gutiérrez de Pineda en los setentas, en las familias urbanas investigadas. Sin embargo, salvo algunos esfuerzos locales aún hay un amplio camino por recorrer en este tema con las familias rurales, más allá de lo investigado en el marco del conflicto armado.

Complejizar la mirada sobre la ruralidad. Si bien categorías como la hibridación y la interseccionalidad pueden ser puntos de partida, hace falta reconocer las transformaciones, que tecnologías como: la moto, el celular y las demás pantallas, han significado para la vida cotidiana de las familias rurales. Comprender la incidencia de fenómenos como el desplazamiento, la migración interna e internacional, la convergencia simultáneamente de post-acuerdo y conflicto armado están teniendo tanto en las familias rurales como urbanas.

Reconocer la permanencia de rasgos de los complejos culturales colombianos como oportunidades de acompañamiento: Pese a las múltiples transformaciones a las que se encuentran sujetas las familias, como instituciones también son escenarios de conservación, así podemos encontrar que permanecen aún en las familias urbanas rasgos de los caracterizados por Virginia Gutiérrez de Pineda en los setentas y trazan oportunidades de comprensión y atención, pues permiten identificar necesidades de atención en las crisis familiares que pueden devenir de los rituales, tradiciones, relaciones que se han visto trastocadas por procesos de migración forzada o voluntaria de las familias.

Estos son grosso modo algunos desafíos que invitan a avanzar a los estudios de familia en el país, como una oportunidad para reconocer nuestra diversidad, así como para ofrecer mayores y mejores herramientas en la atención que el complejo contexto colombiano demanda.

Bibliografía

- Cárdenas, M y Mejía C. (2006) *Migraciones Internacionales en Colombia ¿qué sabemos? Serie Documentos de Trabajo (Working Papers). No. 30. agosto 2006. Fedesarrollo. Disponible en: <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/810>*
- Comisión Colombiana de Juristas, Universidad Nacional, Verdad Abierta, Coordinación Colombia Europa Estado Unidos, Cinep, Ríos Vivos, Ascamcat y Confederación de Acción Comunal. (2018) *¿Cuáles son los patrones? Asesinatos de líderes sociales en el Post Acuerdo. Bogotá: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo Aecid, Oxfam y la Embajada del Reino de los Países Bajos. Disponible en: <https://verdadabierta.com/wp-content/uploads/2018/12/Descargar-documento.pdf>*
- DANE, D. N. (2016). *Tercer Censo Nacional Agropecuario. Tomo II. Bogotá.*
- Estrada, A. M., Ibarra, A. C., y Sarmiento, E. (2003). *Regulación y control de la subjetividad y la vida privada en el contexto del conflicto armado colombiano. Revista de Estudios Sociales (15). De mujeres que migran del campo a la ciudad., 133-152.*
- FIDA, y FAO. (2012). *Manual sobre género en agricultura. Washington DC: Banco Mundial.*
- Fraser, N., y Honneth, A. (2006). *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político- filosófico. Madrid: Paideia Morata.*
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo.*
- Gómez, S. (2003). *Nueva Ruralidad. Fundamentos teóricos y necesidad y avances empíricos. Seminario Internacional “El mundo rural: Transformaciones y perspectivas a la luz de la nueva ruralidad”. Bogotá.*
- Gutiérrez de Pineda, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.*
- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, P. I. (2015). *Encuesta Nacional de la Situación Nutricional. Bogotá.*
- Kay, C. (2009). *Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? Revista mexicana de sociología, 71(4), 607-645. Recuperado en 22 de julio de 2020, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000400001&lng=es&tln-g=es.*
- Luhmann, N. (1998). *Complejidad y Modernidad. Madrid: Trotta.*
- Olaya, E. y Serna, A. O. (2017) *Estrategia del componente de género en el proyecto Papas Más Nutritivas. (Documento inédito). Universidad Nacional de Colombia.*
- Olaya, E., Serna, L. A.O., Campo, M.V., Caicedo, N. (2018) *Entretejiendo el Género en el SURco. Propuesta de formación y diálogo colectivo para la construcción de nuevas relaciones comunitarias y familiares desde el enfoque de género. Edición digital ISBN 978-958-783-477-2*
- Otálora, Y. V. (2014) *Transformación de las familias campesinas en el proceso de metropolización de la ciudad Bogotá. Maestría tesis, Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/46322/>*
- Palacio, M. C. (2003). *El escenario familiar. La convergencia del conflicto armado y desplazamiento forzado. Una lectura desde la realidad del departamento de Caldas. En: Puyana, Y., Familias, cambios y estrategias (págs. 201-226). Bogotá: Universidad Nacional.*
- Posso Quiceno, J. (2010). *“Las transformaciones del significado y la vivencia de la maternidad, en mujeres negras, indígenas y mestizas del suroccidente colombiano”, Revista Sociedad y Economía, núm. 18, 2010, pp. 59-84, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/996/99618003003.pdf>*
- Serna L, A. O. (2017). *Certidumbres en lo desconocido. Socialización en familias en situación de desplazamiento forzado. Bogotá.: Tesis Maestría. Universidad Nacional de Colombia.*
- Vargas, C., y Villareal, N. (2013). *Programa Mujer Rural: avances, obstáculos y desafíos. Bogotá: OXFAM.*
- Viveros, M. (2016). *La interseccionalidad. Una aproximación situada a la dominación. Debate feminista. N° 52, 1-17.*